

se. De consiguiente dispuso la partida de todos los heridos cuyo estado lo permitiera, hizo que se sacaran los que se llamaron trofeos, esto es, varios objetos cogidos del Kremlin, prohibió que de Esmolensko á Moscou se llevara ya cosa alguna, y previno que en la primera de estas ciudades se aprestase todo para darle la mano en la dirección que indicara. Pero una idea, una sola, le retenía como á pesar suyo, y le retenía siempre que iba á determinarse. No era, como se ha creído, la esperanza de la paz, esperanza que no abrigaba, sino el temor de perder el ascendiente de la victoria, iniciando un movimiento retrógrado á los ojos del mundo; y en esto cedía, no á una ilusión pueril, sino al profundo sentimiento de la situación en que se hallaba. Se decía que el primer paso dado hacia atrás sería el principio de una serie de confesiones costosísimas y peligrosas; confesiones de que había avanzado muy lejos, de que le era imposible sostenerse á tal distancia, de que se había engañado, de que se le había frustrado su objeto en esta campaña. ¡Cuántas defecciones y qué de ideas insurreccionales debía suscitar el espectáculo de Napoleón hasta entonces invicto, obligado á retroceder al cabo! Prescindiendo del orgullo, y el orgullo sin duda entraba á la parte en los sentimientos que experimentaba, había en este primer paso hacia atrás un peligro inmenso. Efectivamente, podía ser el principio de su caída (1).

Preocupado con este peligro, pensaba siempre en invernar en Moscou ó en ejecutar un movimiento que, aproximándole á sus almacenes, tuviera visos de una maniobra y no de una retirada. Invernar en Moscou era una resolución de singular audacia, y esta resolución tenía parciales. Uno digno de la mayor consideración figuraba entre ellos, y era Mr. Daru, que había acompañado á Napoleón en calidad de secretario de Estado, y estaba encargado de todos los detalles de la intendencia del ejército, y la desempeñaba con un celo, una inteligencia y una actividad dignas de tan alto y difícil empleo. Este administrador eminente consideraba más fácil sustentar al ejército en Moscou y asegurarle allí sus comunicaciones durante el invierno, que volverle á llevar sano y salvo á Esmolensko por un camino desconocido, si se tomaba alguno nuevo, ó devastado, si se tomaba por el seguido antes. Consejo de león llamaba Napoleón á éste, y á la verdad se necesitara de rara osadía para adoptarlo. No estribaba la dificultad mayor en la manutención de los hombres, según ya hemos indicado, pues había trigo, arroz, legumbres, bebidas espirituosas y algunas carnes saladas. Hasta había medio de proporcionarse carne fresca, con tal de que antes de la mala estación se juntara ganado y forraje para nutrirlo durante algunos meses. Lo más dificultoso era hacer vivir á los caballos, que se morían de inanición,

(1) Con documentos á la vista, según la correspondencia del mismo Napoleón y á tenor de una porción de notas escritas de su puño, todas las cuales revelan su verdadera idea, enunció y afirmo que, contra la tradición recibida, Napoleón fué retenido en Moscou menos por la esperanza de la paz que por el temor de perder el ascendiente militar y moral, operando un movimiento retrógrado. Me gusta poco alterar las versiones admitidas en la historia. Procuro ser veraz y no nuevo. Sobradamente nuevo es uno sólo con ser veraz. Sostengo, pues, el aserto de que se trata sobre las causas de la larga permanencia de Napoleón en Moscou, porque tengo el convencimiento y la prueba de su exactitud.

(N. del A.)

no sabiendo cómo sostenerlos ni en aquel instante, que no era el más desfavorable del año.

Aún quedaba el recurso de llevar los cantones á diez ó doce leguas á la redonda, según se había ya hecho, pero además de la inseguridad de que esto bastase para hallar los forrajes necesarios, ¿cómo se podían sostener estos cantones á tanta distancia, luego que la mala estación llegase, con una caballería ligera destruída y contra una innumerable muchedumbre de cosacos, ya venidos ó próximos á venir de las orillas del Don? Vencidas estas dificultades, todavía quedaba otra de no menos peso, la de mantener todas las comunicaciones entre los puestos escalonados en el camino de Esmolensko á Moscou, la de asegurar no sólo sus relaciones de uno á otro, sino la conservación particular de cada uno de ellos, porque, á no convertirlos en plazas fuertes, ¿cómo se les había de poner al abrigo de un cuerpo de doce á quince mil hombres, que acometiera la empresa de atacarlos y de tomarlos uno á uno? Se necesitaban en Dorogobouga, en Wiasma, en Ghjat, en Mojaisk, etc., sin contar otros muchos menos importantes, aunque necesarios; y suponiendo todos estos puestos armados, abastecidos, provistos no sólo de guarniciones permanentes, sino también de fuerzas movilizadas y capaces de socorrerse unas á otras, evidente era que este objeto solo requeriría el valor de un ejército. Y á pesar de todos estos cuidados para mantener expeditas las comunicaciones, ¿qué sería de París, qué de la Europa, si un día llegaban á faltar noticias de Napoleón y existía la misma separación de él que de Massena durante la campaña de Portugal? Por último, aun superadas tan múltiples dificultades de la manera más venturosa, ¿qué se habría ganado con hallarse en Moscou al asomar la primavera? En Moscou se estaba á ciento ochenta leguas de un camino muy malo, sin contar ciento para ir de Esmolensko á Moscou, lo cual sumaba doscientas ochenta para los refuerzos que fueran á juntarse al grande ejército en marcha sobre San Petersburgo, al par que desde Vitebsk, por ejemplo, no sería más que de ciento cincuenta leguas la distancia. Si la campaña próxima consistía en dirigir los esfuerzos contra la segunda capital de Rusia, valía más evidentemente arrancar desde Vitebsk que desde Moscou, y éste era el único punto de partida que hubiera podido adoptarse.

De consiguiente el invernar en Moscou suscitaba las más graves objeciones. Sin embargo, la repugnancia de Napoleón á un movimiento retrógrado era tan pronunciada, que no excluía la hipótesis de invernar en Moscou, y que, aun habiendo ordenado la partida de los heridos cuyo estado lo permitía, para estar desembarazado en sus movimientos, hacía fortificar el Kremlin, limpiar los aproches de este alcázar, cubrir con tambores sus puertas, armar de cañones sus muros y torres, traer refuerzos al ejército y llevar muy lejos sus avanzadas para estudiar los recursos del país tanto en víveres como en forrajes.

En medio de estas perplejidades crueles, prefería siempre Napoleón la excelente maniobra que, aproximándole á Polonia por una marcha oblicua hacia el Norte, le colocara detrás del duque de Bellune en Veliki-Luki, y le diera apariencias de no retirarse, sino de apoyar un movimiento ofensivo sobre San Petersburgo. Desgraciadamente cada día que pasaba, trayendo el

invierno, hacía más simpática para el ejército una dirección al Norte, y además las noticias llegadas del Mediodía, reclamaban forzosamente hacia aquel lado las combinaciones del momento. Mientras todo permanecía estacionado junto al Dwina, y Macdonald se consumía delante de Riga sin poder sitiarse esta plaza, y el mariscal Saint-Cyr resistía inmóvil en Polostk, sin poder sacar de su victoria del 18 de agosto otro resultado que el de mantenerse en su posición, el almirante Tchitchakoff, de vuelta de Turquía, después de firmar la paz con los turcos, había atravesado la Podolia y la Volhynia, y tranquilizado por la neutralidad de la Galitzia, secretamente convenida con Austria, había penetrado hasta las márgenes del Stir para reforzar á Tormazoff. Obligado á dejar algunos miles de hombres á su espalda, no llevaba más que treinta mil consigo, y así ascendían á sesenta mil los dos ejércitos juntos. Tomando el mando general de ellos, obligó á Schwartzenberg y á Reynier, que no contaban más que treinta y seis mil entre uno y otro, á replegarse sobre el Bug, y luego detrás de los pantanos de Pinsk, para cubrir el gran ducado. De cuanto Napoleón pidió para el príncipe de Schwartzenberg, nada más había llegado que el bastón de mariscal y la promesa de siete ú ocho mil hombres, que no se veían aparecer nunca. De nuevo se había esparcido la alarma en Varsovia, donde en vez de un entusiasmo creador reinaba un general abatimiento, donde se daban por abandonados de Napoleón, donde se quejaban de que no hubiera incorporado la Lituania á Polonia, donde de todas estas quejas se formaba una excusa para no moverse y para no enviar reclutas ni material al príncipe Poniatowski.

En situación semejante no se podía pensar en un movimiento hacia el Norte, pues así se dejara vasto campo de sobra á las empresas del almirante Tchitchakoff. Mejor convenía una marcha sobre Kalouga á la actual dirección de las fuerzas enemigas y al estado de los ánimos, á los cuales se tranquilizaba ofreciéndoles en perspectiva el clima y la abundancia de las provincias meridionales.

Por todas estas razones ideó Napoleón una combinación mixta, consistente en trasladarse al campo de Taroutino, á expulsar á Kutusoff de este punto, lo cual no tenía apariencias de una retirada, á arrollarle sobre la derecha ó sobre la izquierda, á marchar de seguida á Kalouga, á llevar allí por el camino de Jelnia al duque de Bellune, ó al menos una fuerte división, ya lista en Esmolensko; á invernar así en Kalouga, en el seno de un país fértil, bajo un cielo poco riguroso, en comunicación por la derecha con Esmolensko y por su espalda con Moscou. Dentro de este plan estaba guardar el Kremlin, dejar allí al mariscal Mortier con cuatro mil hombres de la joven guardia, con otros cuatro mil de jinetes desmontados, organizados en batallones de infantería, depositar allí su material más pesado, sus heridos, sus enfermos, sus rezagados; proporcionar así á este mariscal de carácter experimentado una guarnición de diez mil hombres y víveres para seis meses. Situado Napoleón en Kalouga, en el seno de cierta especie de abundancia, pudiendo alargar las manos al mariscal Mortier, de quien distaría también lo propio, trasladándose á Jelnia, se hallaría como una araña en el centro de su tela, pronto á correr adondequiera que se sintiese

un movimiento. De este modo nada habría evacuado, sino que al revés se hallarían invadidas nuevas provincias, tomando posición en el país más hermoso y más central de Rusia. Supóngase una batalla ganada por completo sobre Kutusoff en los alrededores de Taroutino; supóngase además un invierno de rigor ordinario, y este plan tenía grandes probabilidades de buen suceso, fuera de que, si se deseaba definitivamente aproximarse á Polonia, podía Mortier tomar víveres para diez días, evacuar á Moscou por el camino seguido antes en derchura y volver tranquilamente á Esmolensko, recogiendo todos los puestos que se hallaran entre ambos puntos, y hallándose á cubierto por la presencia de Napoleón en Kalouga. Esta operación bastaba por sí sola para traer al almirante Tchitchakoff sobre Mozir y desbaratar sus proyectos fingidos ó reales contra el gran ducado.

Semejante combinación nueva, prueba de la fecundidad del talento de Napoleón, no era la que hubiese preferido, sino la que juzgaba más conveniente. Habiendo sobrevenido de pronto una ligera helada el 13 de octubre, sin que el hermoso tiempo de que se gozaba experimentara variación alguna, todos conocieron que era llegada la hora de resolverse. Napoleón juntó á sus mariscales para oír sus pareceres, aunque ordinariamente se cuidara poco de la opinión ajena; pero en la situación de entonces, cada cual adquiría con la gravedad creciente de las circunstancias algún derecho á ser consultado. El príncipe Eugenio, el mayor general Berthier, el ministro de Estado Daru, los mariscales Mortier, Davout y Ney asistieron á esta junta. No faltaban más que Murat y Bessieres, retenidos delante del campo de Taroutino. La primera cuestión versaba sobre el estado particular de cada cuerpo, la segunda sobre el partido que debía tomarse. Sobre el estado de los cuerpos y con relación al número nada había que no fuera lastimoso, pues el del mariscal Davout estaba reducido de setenta y dos mil á veintinueve ó treinta mil hombres, y el del mariscal Ney, de treinta y nueve mil á diez ú once mil soldados. No contaba el príncipe Poniatowski más que cinco mil hombres, dos mil los westfalianos, y veintidós mil la guardia, sin haber peleado. En totalidad, y contando los parques, se podía calcular el ejército en cien mil y algunos más combatientes, de los ciento setenta y cinco mil que componían su fuerza efectiva al partir de Vitebsk, y de los cuatrocientos veinte mil que la formaban al pasar el Niemen. Por lo demás, el estado de los hombres era satisfactorio. Frescos estaban y descansados, y muy decididos, aunque algo inquietos de resultados de su posición azarosa, que su rara inteligencia avaloraba perfectamente.

En cuanto al partido que debía tomarse, discordaron los pareceres. El mariscal Davout opinó que, habiendo vuelto á ingresar en las filas los soldados levemente heridos y hallándose los cuerpos muy descansados, no había instante que perder en la partida; que, llevándonos el camino de Kalouga á países fértiles y no devastados, y bajo climas menos rigurosos, no cabía elegir otra dirección que ésta. Con su lenguaje indicaba el mariscal Davout hartó á las claras que se había permanecido en Moscou más de lo conveniente. Dispuesto como de costumbre el general Berthier á contradecir al mariscal Davout, y encargado naturalmente de defender



las resoluciones que habían prevalecido, puesto que representaba al estado mayor general, sostuvo por el contrario que la permanencia en Moscou había sido útil y necesaria, pues, merced á ella, había sido posible rehacer las tropas y restituirles la salud y las fuerzas. Sin embargo, convino en que la hora de partir era llegada. Habitado á conformarse con la opinión de Napoleón, y sabiendo su constante preferencia al camino del Norte, propuso la vuelta sobre Vitebsk, marchando lateralmente al camino de Esmolensko por Woskresensk, Wolokolamsk, Zubkow y Bieloï. Este era el plan de Napoleón cuando ya no cabía ejecutarlo. Leal el mariscal Mortier al par que sumiso, fué del mismo dictamen que Berthier, representante común del pensamiento imperial. Rudo é indócil el mariscal Ney cuando se abandonaba el primer impulso, apoyó vigorosamente la opinión del mariscal Davout, consistente en decir que se había permanecido en Moscou sobrado tiempo, lo cual significaba ya mucho, y que convenía partir lo más pronto posible. No poco habló del estado de su cuerpo, reducido á diez mil hombres, sin los wurtembergueses, y sostuvo que la dirección de Kalouga era la única admisible. De sobra apacible y tímido el príncipe Eugenio para tener otra opinión que el estado mayor general, habló como Berthier. Al revés Mr. Daru no vaciló en declarar que no participaba del dictamen de los unos ni de los otros, y en sostener que se debía invernar en Moscou. Según aseveraba, dentro de la ciudad había en víveres, arroz, harina y bebidas espirituosas para todo el invierno. Extendiendo los cuarteles había posibilidad de juntar forrajes, y de mantener por este medio el ganado y los caballos. De suerte que se podía evitar el doble inconveniente de un movimiento retrógrado y de una marcha por entre países, desconocidos unos, aniquilados otros al primer tránsito por ellos, en una estación muy avanzada y con soldados muy aptos para las marchas ofensivas y poquísimos para las de retirada.

Napoleón, tan fácil y pronto en formar su opinión y expresarla, tenía la costumbre de callar, y de oír, y de reflexionar sobre lo que oía, cuando consultaba la opinión ajena. Parece que se calló y reservó su decisión ahora, según había acontecido en más de una ocasión de esta clase.

A la verdad había que buscar en sus perplejidades la causa de su silencio. Permanecer allí hubiera querido, pero conocía la dificultad de vivir y de mantener sus comunicaciones. Reducido á partir, hubiera preferido la marcha al Norte por tener el carácter de ofensiva; pero la mala estación y la aparición del mariscal Tchitchakoff junto al bajo Dnieper le empujaban forzosamente al Mediodía, y la marcha sobre Kalouga, el establecimiento en esta rica provincia, dejando una guarnición en el Kremlin, y situando al duque de Bellune en Jelnia, para comunicarse con Esmolensko, le parecían constituir el plan mejor adecuado á las circunstancias. De consiguiente estaba resuelto á adoptarlo; pero la vaga esperanza de recibir una respuesta de San Petersburgo, aun cuando no contase con ella, la lentitud de las evacuaciones por falta de carros, el tiempo que era deslumbrador por lo hermoso, como si la naturaleza hubiera sido cómplice de los rusos para engañarnos, y finalmente la repugnancia siempre grande á iniciar un movimiento retrógrado, le retuvieron aún cuatro ó cinco

días, y ya se iba á determinar á expedir sus últimas órdenes para la marcha sobre Kalouga, cuando un repentino y grave accidente le vino á sacar el 18 de octubre de sus deplorables dilaciones.

Con efecto, el día 18 revistaba las tropas del mariscal Ney estando magnífica la mañana, cuando súbito se oyó el sordo estampido del cañón hacia el Mediodía, sobre el camino de Kalouga. Muy luego un oficial enviado desde Winkowo anunció que Murat, fiando en la palabra verbal que se habían dado de avisarse con algunas horas de anticipación en el caso de volver á las hostilidades, había sido sorprendido y asaltado aquella misma mañana por todo el ejército ruso, y que, según su costumbre, había salido del trance á fuerza de valor y fortuna, aunque no sin perder hombres y cañones. Véase el pormenor de cuanto había acontecido.

Algún tiempo había que llegaban refuerzos al ejército ruso, y por las continuas detonaciones de armas de fuego era fácil conjeturar que el viejo Kutusoff ejercitaba á sus reclutas, para incorporarlos en sus batallones. Desembarazado del infeliz Barclay de Tolly por la intriga, de Bagratión por el fuego del enemigo, no le quedaba más censor importuno que Benningsen, y aspiraba á librarse de él ó á anularle por lo menos para seguir con más holgura su propia idea. Ésta era profundamente juiciosa, y consistía en reforzar tranquilamente su ejército mientras se disminuía el de los franceses, en no atropellar nada, en no aventurar contra un enemigo como Napoleón cosa alguna, y en no operar en su contra sino cuando el clima se lo entregara vencido en las tres cuartas partes. Y aún quería dejar que le venciera el clima de tal manera que casi nada quedara que hacer á sus tropas. ¡Tanto le gustaba jugar á golpe hecho, y tanto temía á su adversario! Hasta el presente le había salido todo á medida de su deseo. Más de veinte regimientos de cosacos había recibido, veteranos todos, socorro muy apreciable para cuando tuviera que perseguir al enemigo. De los depósitos le habían llegado numerosos reclutas que incorporó en sus regimientos. Muchos soldados extraviados ó levemente heridos se le habían juntado, y al mediar octubre contaba entre infantería y caballería regular no menos de ochenta mil hombres, y además veinte mil excelentes cosacos. A tenor de las intenciones de Alejandro, no había dado á Napoleón ninguna respuesta, con el fin de prolongar la permanencia de los franceses en Moscou.

Sin embargo de su resolución de no obrar todavía, la situación de Murat era adecuada para tentarle, pues según hemos dicho, se hallaba en una dilatada llanura, detrás de la cuenca del Czerniczna, teniendo cubierta su derecha por la parte honda de esta cuenca, que iba á parar al Nara, si bien quedando su izquierda al aire, á causa de que por este lado la escasa profundidad del Czerniczna no era un obstáculo contra los ataques del enemigo. Aprovechándose de un bosque dilatado entre los dos campos, y que podía ocultar los movimientos del ejército ruso, era fácil desembocar por la izquierda de Murat, rebasarle, cortarle de Woronowo, y quizá destruir su cuerpo, que, además de la infantería de Poniatowski, constaba de casi toda la caballería francesa.

Habiendo reconocido esta posición el ardiente coronel Toll, de concierto con el general Benningsen, propuso inaugurar las nuevas hostilidades con este atrevi-

do golpe de mano, tras del cual, por bien que librara Napoleón, quedaría tan debilitado que de pronto caería en una grandísima inferioridad numérica respecto del ejército ruso. Aunque muy resuelto Kutusoff á no aventurar nada, vencido por la verosimilitud del triunfo, por las instancias del coronel Toll, por el temor de dar á Benningsen armas en su contra, consintió en la operación propuesta. De consiguiente, la noche del 17 de octubre, el general Orloff-Denisoff, con una gran masa de caballería y muchos regimientos de cazadores, y el general Bagowouth, con toda su infantería, recibieron orden de adelantarse á la callada por entre el bosque extendido entre los dos campos, y de desembocar por la izquierda de los franceses mientras el grueso del ejército ruso marchaba de frente sobre Winkowo.

Convenido este plan, fué puesto en ejecución la noche del 17, y el 18 por la mañana vióse asaltado de improviso el general Sebastiani. A la izquierda, diseminada para ir á forrajear nuestra caballería, fué rechazada más allá de la cuenca naciente del Czerniczna; hacia el centro, despertando con sobresalto nuestra infantería en las aldeas donde acampaba, corrió á las armas y vino á hacer fuego á lo largo de la misma cuenca del Czerniczna, más honda por esta parte. Allí habíamos perdido algunas piezas de artillería, algunos centenares de prisioneros, y una gran cantidad de bagajes; pero Poniatowski y el general Friederichs con su infantería atajaron de plano la marcha de los rusos por nuestro frente y hacia nuestra izquierda sorprendida, reparando siempre Murat sobre el campo de batalla la ligereza de sus lugartenientes y la suya propia, dió cargas de caballería tan reiteradas, tan bien dirigidas, tan vigorosas, que dispersó la caballería de Orloff-Denisoff, y rompió y acuchilló á cuatro batallones de infantería. Gracias á estos prodigios de bravura, gracias á las falsas maniobras de los rusos, que anduvieron vacilantes, siempre temiendo hallarse con el mismo Napoleón cara á cara, pudo replegarse Murat sano y salvo sobre Woronowo, tan vencedor como vencido, y dueño del camino de Moscou. Cerca de mil quinientos hombres había perdido, matando dos mil á los rusos. Éstos experimentaron además la dolorosa pérdida del bizarro general Bagowouth, que, agraviado por una especie ofensiva del coronel Toll, fué á plantarse á la boca de nuestros cañones y cayó sin vida.

Noticioso de esta acción, que, aun siendo brillante, revelaba la falsedad de la posición de Murat, como también su imprevisión y la de sus lugartenientes, airóse mucho Napoleón contra unos y otros, y airóse mucho más contra los rusos, que no habían respetado el compromiso verbal de avisarse tres horas antes. Evidentemente era preciso castigarlos, y así entre todas las combinaciones venía á ser mejor que otra alguna y además la única practicable, la que consistía en marchar sobre Kalouga. Al punto Napoleón expidió sus órdenes para llevar esta combinación á cabo en los términos que ya hemos expuesto. En la tarde del 18 de octubre el príncipe Eugenio, los mariscales Ney y Davout y la guardia imperial debían hacer sus preparativos de marcha para la mañana siguiente, cargar en los carros pertenecientes á sus cuerpos, y en los que se habían proporcionado, los víveres que les fuera posible llevar consigo, calculándolos doce ó quince días de subsistencias para el

ejército entero, cruzar á Moscou, é ir á vivaquear delante de la puerta de Kalouga, á fin de poder hacer una gran marcha el día 19. No estando resuelto de ningún modo á evacuar á Moscou, y queriendo reservarse la posibilidad de guardar este puesto, y aun de volver allí en caso necesario, prescribió Napoleón al mariscal Mortier que se quedara en este punto con diez mil hombres, cuatro mil de la joven guardia, otros cuatro mil de caballería desmontada y de artillería. Recomendóle cargar las minas que se habían preparado, á fin de hacer saltar el Kremlin á la primera orden, reunir allí el material, los hombres aspeados y enfermos, y todo lo que aún no se había podido enviar á Esmolensko. A los heridos que no podían marchar ni sufrir su traslación á otro punto depositólos en el hospicio de niños expósitos que había salvado, fiando su custodia al respetable general Toutelmine, con cuyo agradecimiento contaba. Igualmente previno al general Junot que estuviera pronto á dejar á Mojaïsk al primer instante para volver á Esmolensko. Al gobernador de esta ciudad le escribió que enviara á Jelnia una división que se había formado con las tropas de marcha á las órdenes del general Baraguay de Hilliers, y al duque de Bellune, que se apresurara á seguir á esta división en persona. En suma, todo lo dispuso para la doble eventualidad de un simple movimiento sobre Kalouga, quedando siempre Moscou en nuestras manos, ó de una retirada definitiva sobre Vitebsk y Esmolensko. Dadas estas órdenes, se hicieron preparativos para la evacuación verdadera de Moscou, y el ejército adoptó sus disposiciones de partida, con la idea de no ver á aquella capital ya nunca.

Toda la noche se pasó en cargar los carros con víveres y bagajes, y en cruzar las arruinadas calles de Moscou, para tomar posición de marcha junto á la puerta de Kalouga. A la siguiente mañana del 19 de octubre, primer día de esta retirada por siempre memorable, á causa de los infortunios y el heroísmo que la señalaron, se puso el ejército en movimiento. Delante de todos desfiló el príncipe Eugenio, el mariscal Davout en seguida, y detrás el mariscal Ney, los tres con sus respectivos cuerpos, y la guardia imperial cerraba la marcha. La caballería á las órdenes de Murat, los polacos á las de Poniatowski, una división del mariscal Davout á las del general Friederichs, estaban en Woronowo, enfrente de las retaguardias rusas. Ya hacía días que una división del príncipe Eugenio, la del general Broussier, había tomado posición en el nuevo camino de Kalouga, el cual se extendía entre el antiguo, que seguía el grueso del ejército, y el de Esmolensko. A la verdad el ejército presentaba un espectáculo extraño. Ya se ha dicho que los soldados estaban sanos y robustos, y los caballos flacos y consumidos; pero el séquito del ejército era el que ofrecía singular aspecto. Después de un inmenso aparato de artillería, como se necesitaba para seiscientos bocas de fuego abundantemente municionadas, seguían masas de bagajes como desde los siglos bárbaros jamás se habían visto, de aquellos siglos en que poblaciones enteras mudaban de lugar sobre toda la superficie de Europa á fin de ir en busca de nuevos territorios. El temor de carecer de víveres había inducido á cada regimiento, á cada batallón, á poner sobre los carros del país cuanto pudieron haber á las manos de pan y de harina, y los que tomaron esta precaución no eran los



más cargados. Otros habían añadido á los bagajes los despojos recogidos en el incendio de Moscou, y muchos soldados llenaron con ellos sus morrales, como si sus fuerzas hubieran bastado para llevar sus víveres y su botín al mismo tiempo. La mayor parte de los oficiales se habían apoderado de los ligeros carruajes de los rusos, y los habían cargado de víveres y trajes de abrigo, á fin de precaverse del hambre y del frío. Finalmente, las familias francesas, italianas, alemanas, que se habían atrevido á permanecer en Moscou con nosotros, temiendo la vuelta de los rusos, solicitaron acompañarnos, y formaban una especie de colonia afligida detrás del ejército. A ellas se habían agregado gentes de teatro, y además las infelices mujeres que vivían de la prostitución en Moscou, todos temiendo de igual modo la vuelta á la ciudad de sus fugitivos moradores. El número, la variedad, la rareza de estos bagajes, carretas, calesas, droskis, berlinas, carruajes todos tirados por malos caballos, atestados de sacos de harina, de vestidos, de muebles, de enfermos, de mujeres, de niños, ofrecían un espectáculo extravagante, casi sin término, y muy propio á inspirar inquietudes, pues era cosa de pensar cómo se había de maniobrar con semejante aparato, y cómo se podría defender especialmente contra los cosacos. Aunque por la ancha avenida de Kalouga marcharan ocho carros de frente, y no se interrumpiera la fila un instante, la salida comenzada el 19 por la mañana todavía duraba por la noche. Sorprendido Napoleón, desazonado, casi alarmado á la simple vista, quiso desde luego poner remedio á tal embarazo; pero, después de reflexionar un momento, ocurrióle que la marcha, los accidentes del camino, los consumos cotidianos, reducirían muy pronto la cantidad de estos bagajes; que de consiguiente era inútil afligir á los propietarios con rigores, á los cuales la necesidad supliría por sí sola; que, á mayor abundamiento, aquellos carruajes, si había combates, servirían para conducir á los heridos, y por estas razones consintió que cada cual se llevara lo que pudiera. Solamente previno que se dejara cierto espacio entre las columnas de bagajes y las columnas de soldados, á fin de que el ejército pudiera maniobrar libremente. Napoleón no salió de Moscou hasta el otro día queriendo vigilar en persona los últimos pormenores de la evacuación, y contando con la facilidad que tendría siempre de alcanzar á caballo á la cabeza del ejército, tan luego como su presencia fuera allí necesaria.

Esta primera jornada del 19, empleada en salir de Moscou, no lo fué en adelantar camino. Llegado el ejército á las alturas que dominan á Moscou, hizo alto para lanzar la postrera mirada sobre esta ciudad, término extremo de nuestras conquistas, primer término de nuestras desventuras. Al pie de las colinas que habíamos trepado se descubría la larga é interminable línea de nuestros bagajes, más allá las doradas cúpulas de la gran capital moscovita, al menos aquellas no devoradas por el incendio, y en el fondo de este cuadro el cielo más puro. Se contemplaron una vez más estos objetos, que ya no se habían de ver nunca, y siguióse el camino con el anhelo de ganar pronto las comarcas de Polonia y Alemania, experimentándose ahora tanto desagrado como antes orgullo de haberlas transpuesto. Por lo demás, el cielo estaba siempre transparente, víveres había, y se miraba al enemigo con desdén inspirado por la confian-

za de vencerle. Este primer día se anduvieron tres ó cuatro leguas á lo sumo, y se debían andar más al siguiente.

Con efecto, continuando magnífico el tiempo, fué el ejército á acampar, de resultados de una gran marcha, entre el Desna y el Pakra. Napoleón, saliendo de Moscou por la mañana, llegó prestamente al palacio de Troitskoie, y viendo allí la situación de los dos ejércitos, reflexionando sobre las noticias recibidas, tomó de pronto la resolución más importante. De Moscou había salido, no con la idea de emprender la retirada, sino con la de castigar al enemigo por la sorpresa de Winkowo, de arrollarle más allá de Kalouga, y de establecerse en esta ciudad de seguida, alargando una mano á las tropas trasladadas de Esmolensko á Jelnia, y la otra al mariscal Mortier, dejado en el Kremlin. A la vista del terreno y de la posición del enemigo, modificó su determinación de súbito y con admirable presteza. Efectivamente, había dos caminos para dirigirse á Kalouga, uno á la derecha, lateral de Esmolensko, llamado camino nuevo, pasando por Scherapowo, Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, enteramente libre de enemigos, ocupado por la división de Broussier, y cruzando además países aún no devorados; y otro, el que íbamos siguiendo y pasaba por Desna, Gorki, Woronowo, Winkowo, Taroutino, sobre el cual se hallaban fuertemente establecidos los rusos en un campo preparado muy de antemano. Para desalojarlos de allí había que dar una gran batalla, y la ventaja de ganarla no compensaba el inconveniente de perder quizá doce ó quince mil hombres, y de tener que llevar consigo ó que abandonar por los caminos diez mil heridos. Seguramente, á ser posible, valía más desfilarse delante del ejército ruso, sin que éste lo descubriera, ocultándole el movimiento de traslación del viejo al nuevo camino de Kalouga por medio de un súbito cambio de dirección á la derecha, tomar por Fominskoie, Borowsk, Malo-Jaroslawetz, y ponerse así fuera de alcance, después de engañar completamente al enemigo. De salir bien esta maniobra tan hábil y tan oportuna, se alcanzaba un triunfo equivalente á la victoria más brillante y que debía llenar de confusión al generalísimo ruso, pues sin venir á las manos, habríamos ganado á su vista el camino de Kalouga, recuperando nuestras comunicaciones comprometidas, y conquistado el país más fértil que podíamos hallar en tales climas y en la estación aquella. Pero semejante resolución implicaba otra, la del abandono definitivo de Moscou. Cuando salíamos de allí para batir á los rusos, para arrollarlos ante nosotros, el camino de Moscou á Kalouga se hallaba, por decirlo así, desembarazado de su presencia, y si revolvían sobre Moscou después que los hubiéramos batido, su vuelta sobre esta capital á continuación de una derrota no era impedimento para comunicarnos con ella. Pero, renunciando á batirlos con el fin de evitarlos, dejándoles entre Moscou y nosotros con cien mil hombres del todo ilesos, no podíamos ya mantener al mariscal Mortier en el Kremlin por la imposibilidad de socorrerle.

Además, al cabo de dos jornadas de esta marcha, de la vista de aquellos bagajes, seguida de flanco y á la cola por un enjambre de cosacos, después de haber arrancado de Moscou su cuerpo, su alma y su orgullo sobre todo, Napoleón se hallaba más propenso á decidirse á

la evacuación definitiva, y abrazando su partido con la prontitud de un gran capitán, aquella misma noche despachó desde el palacio de Troitskoie la orden al mariscal Mortier para evacuar á Moscou con los diez mil hombres que le fueron confiados para hacer saltar al Kremlin por medio de las minas practicadas con este objeto, y para traerse cuantos enfermos y heridos le fuera posible, recordándole que en Roma había premios por cada ciudadano de quien se salvaba la libertad ó la vida. A fin de que se incorporara al ejército le indicaba el camino de Wereja, le señalaba del 22 al 23 para que pusiera fuego á las minas, momentos en que nuestra marcha de flanco estaría ya casi ejecutada, y prevenía al general Junot que evacuara á Mojaisk con las últimas columnas de heridos por el camino de Esmolensko, que el ejército iba á cubrir con su presencia en el camino de Kalouga (1).

(1) Es una idea admitida por todos los historiadores tanto franceses como extranjeros, y hasta por Mr. Fain, sin embargo de haber tenido conocimiento de parte de la correspondencia imperial, que Napoleón salió de Moscou con la resolución definitiva de abandonar esta capital, para retornar á Polonia, y que al principio se dirigió por el camino viejo de Kalouga con la intención ya concebida de cambiar de dirección sobre la marcha, de trasladarse del camino viejo al nuevo, para sorprender el paso por Malo-Jaroslawetz de esta suerte, y volver á Polonia pasando por la rica provincia de Kalouga. La correspondencia de Napoleón, no conocida hasta ahora, demuestra que este es un error, del cual resultan varios inconvenientes: el primero es no dar razón de la verdadera causa que retardó tanto tiempo la partida de Napoleón, y que no fué otra que su repugnancia á ejecutar un movimiento retrógrado, repugnancia tan grande que, al salir de Moscou, tuvo la pretensión de no evacuar esta capital y de no hacer más que una maniobra: el segundo es hacer cometer á Napoleón una falta grave (no habiéndola cometido), como lo fuera tomar un rodeo que le obligara á perder dos días, dos días muy de sentir como se verá en breve, para trasladarse del camino viejo de Kalouga al nuevo, mientras que tomando desde luego éste, salvo que sobre el viejo hiciera por conducto de Murat, que allí se encontraba, las demostraciones más aparentes, hubiera podido estar del 22 al 23 en Malo-Jaroslawetz, lo cual le asegurara su llegada sobre Kalouga é hiciera infalible el éxito de este movimiento. Ahora bien: esta falta, de inmensas consecuencias, fué involuntaria por su parte, pues al principio se puso en marcha con propósito de ir en derechura sobre el enemigo, y no de evitarle, y esto explica por qué no temió dejar al mariscal Mortier en el Kremlin. Mas descubriendo sobre la marcha que Kutusoff permanecía obstinadamente acampado sobre el camino viejo de Kalouga, concibió la idea de evitar su encuentro, engañándole, y por esto se dirigió al camino nuevo por uno de travesía, cambio de dirección que produjo la pérdida de dos días, que se ahorraran si desde el principio se eligiera el camino nuevo. Así se explica que dejando al contrario á su espalda sin batirle, no quiso que el mariscal Mortier permaneciera en el Kremlin con diez mil hombres, expuesto á los golpes de un ejército intacto. Por no haber conocido estas determinaciones sucesivas, no se representa á Napoleón tal como fué verdaderamente en estos decisivos momentos, saliendo de Moscou sin entender que salía, dejando esta capital sin idea de evacuarla, y luego cambiando de resolución de pronto, cuando se prometió llegar sin combate y por medio de un excelente movimiento á Kalouga.

Mostrada la importancia del error histórico que se comete haciendo salir á Napoleón de Moscou de distinta manera que salió, me resta alegar las pruebas de lo que afirmo. Consisten en muchas cartas, en una serie de órdenes auténticas, cuyas minutas existen en los archivos imperiales y todas las cuales fueron expedidas sin duda. Primeramente escribiendo Napoleón á Murat y á Junot les repite, durante muchos días consecutivos, que sale para rechazar al enemigo..., para ir sobre el enemigo. El 18 Napoleón hace que Berthier escriba á Murat: *El emperador ha hecho partir esta noche sus caballos, y pasado mañana llegará el ejército adonde os halláis para caer sobre el enemigo y ahuyentarlo de ese punto.* El mismo día dispone que Berthier escriba al intendente general

Expedidas estas órdenes concernientes á la evacuación de Moscou, ocupóse Napoleón en dar las relativas al movimiento de izquierda á derecha, que debían ejecutar sus tropas, con el fin de trasladarse del camino viejo de Kalouga al nuevo. Para operar este movimien-

del ejército: Os prevengo que esta noche lleva el emperador su cuartel general al arrabal de Kalouga, á fin de estar en aptitud de poner en movimiento al ejército mañana para marchar sobre el enemigo. A las ocho de la mañana del 20 hace que se escriba á Junot: *El emperador ha partido esta mañana con el ejército para marchar sobre el enemigo, que se halla entre el Nara y Pakra, camino de Kalouga.* Estos textos no consienten la más leve duda; pero otro hay que acaba de hacer absolutamente cierta la prueba de este designio. Ya hacía algunos días que la división de Broussier, perteneciente al príncipe Eugenio, y la caballería de Ornano se hallaban en el mismo Fominskoie, sobre el camino nuevo de Kalouga, por donde Napoleón se decidió á penetrar la noche del 20. Si desde el principio abrigara Napoleón el designio de seguir el camino nuevo, que pasa por Fominskoie y Malo-Jaroslawetz, al menos dejara la división de Broussier en Fominskoie, y tanto más, cuanto que debiendo atacar á Malo-Jaroslawetz el príncipe Eugenio, era natural que concentrara bajo su mano todas las divisiones de su cuerpo. Ahora bien: Napoleón hace que por el contrario se escribiera á Murat el 18 por la mañana que parta hacia el punto donde se halla; que la división de Broussier está en Fominskoie con el general Ornano; que es necesario que le envíe órdenes para dirigirse dondequiera que lo exigiesen los movimientos del enemigo, ya hacia Woronowo, ya hacia Desna, etc., y Woronowo y Desna están en el camino viejo de Kalouga, y Napoleón no desguarneciera el camino nuevo, si tratara de tomarlo y más bien reforzara á Murat desde Moscou en derechura, pues no había mayor distancia que desde Fominskoie. De consiguiente es muy cierto que partió con la intención, no de evitar al enemigo, sino de combatirle y de llevarse por delante, lo cual explica cómo podía querer dejar al mariscal Mortier en Moscou. ¿Y quiso dejarle en este punto? Sobre ello hay una prueba incontestable y es una larga carta del 18 en que le ordena establecerse allí con diez mil hombres, juntar víveres para muchos meses, atrincherarse, reunir todos los enfermos, etc. Podríase decir que esto era fingido, pero ante todo no había razón alguna para usar de tal subterfugio, no necesitándose de su movimiento para el triunfo; además, cuando Napoleón recurría á ficciones, lo declaraba á aquel á quien se dirigía, para que entrara mejor en sus intenciones y las apoyara más de seguro, y entre todos los hombres á nadie mejor que al mariscal Mortier podía confiar un secreto; y finalmente, si Napoleón fingiera entonces, no puntualizaría tantos pormenores sobre la manera de fortificar y de defender el Kremlin. Esta carta es tan precisa y detallada que no puede dejar duda alguna sobre su intención verdadera, y de ella existe hasta una prueba moral irrefragable. En Moscou quedaban algunos centenares de heridos, que mandó reunir en el Kremlin á unos y en la casa de niños expósitos á otros, y cuando mudó de resolución el 20 por la noche, previno de repente al mariscal Mortier que se los trajera hasta sobre los caballos del estado mayor, recordándole que en Roma había recompensas para los que salvaban á un ciudadano. Y si Napoleón no hubiera querido guardar á Moscou, no perdiera tres días para hacer partir los heridos, sino que desde el 19 y por los mismos medios que hubo de emplear el 23, los dirigiera por el camino de Esmolensko. Por último, enviando órdenes al intendente, hace que se le diga el 18:

*El mayor general al intendente general.*

«El emperador manda que los carros de los transportes militares cargados de víveres y las camillas se hallen aprestados mañana de madrugada y aun durante la noche en la gran explanada que se halla cerca de los obeliscos de la puerta de Kalouga. Os prevengo que esta noche lleva el emperador su cuartel general al arrabal de Kalouga, á fin de estar en aptitud de poner mañana el ejército en movimiento para marchar sobre el enemigo. Os recomiendo que deis las órdenes más precisas para que todos los hombres que quedan en los hospitales sean trasladados á la casa de niños expósitos, según os he escrito hace un momento.

»El emperador deja al mariscal duque de Treviso con todo su cuerpo para custodiar el Kremlin y los principales almacenes de